

Los sefardíes en Inglaterra

Aubrey Newman

La nueva comunidad

La llegada de judíos sefardíes a Inglaterra a mediados del siglo xvii y su reconocimiento como una comunidad judía organizada recreó una comunidad anglojudía que ya había sido expulsada tres siglos antes. El grupo que regresó y la comunidad que se desarrolló a partir del mismo fueron siempre pequeños en número, pero el modelo y la tradición que se crearon entonces continuarían durante muchas generaciones. De hecho, en algunos aspectos, este modelo sefardí seguiría dominando a la comunidad anglojudía mucho mayor (en su mayor parte askenazi) que surgió a lo largo de los tres siglos siguientes, a pesar de que estos recién llegados tendrían poca cosa o nada que ver directa o indirectamente con los judíos sefardíes.

Muchos de estos padres fundadores no procedían directamente de la península ibérica. Venían más bien de comunidades creadas como consecuencia de las expulsiones. Sin embargo, durante el resto de los siglos xvii y xviii hubo una constante afluencia de refugiados procedentes de España y Portugal, y la congregación todavía conservaba vínculos inmediatos con la gente, la tierra y, sobre todo, con el lenguaje de la península. Durante algunas generaciones hubo entre los miembros de la comunidad un profundo conocimiento de los peligros a los que muchos de ellos se habían enfrentado. Una lista de miembros «extranjeros» de la comunidad depositada en los archivos de la sinagoga bajo el término de Aliens Act [ley de extranjeros] de 1803 incluye el nombre de alguien que había llegado a Inglaterra en 1767 «a causa de la persecución contra los judíos», mientras que otro que figuraba en dicha lista declaró que había venido (en una fecha sin especificar) de Sevilla «huyendo de la Inquisición, habiendo sido mi madre quemada viva por judaísmo». Había también muchas entradas del siglo xviii en los registros matrimoniales de la congregación de bodas —o segundas nupcias— de parejas ancianas, a las cuales se había añadido la expresión «viudos de Portugal» (refugiados de Portugal). Se tiene noticia de individuos que mantuvieron contactos con la península, aunque otro reconoci-

miento formal de las raíces de la congregación en la península puede verse en la retención en el siglo XIX del ladino (judeocastellano) como lengua oficial.¹

Los detalles de cómo nació la comunidad sefardí de Londres han sido sometidos a gran número de exámenes por los estudiosos. Hoy se ha aceptado que a finales del siglo XVI y principios del XVII hubo determinados grupos de colonos que disfrutaron de un cierto modo de vida judío más o menos en secreto. Pero fue a mediados del siglo XVII cuando un grupo de comerciantes marraños de Londres logró desprenderse de su disfraz de cristianismo y afirmar su carácter judío; a ese momento se remonta una comunidad organizada. Virtualmente al mismo tiempo hubo una misión procedente de Amsterdam y destinada a Oliver Cromwell en Londres, encabezada por el rabino Menaşe ben Israel, que pretendía, por motivos religiosos, persuadir a Cromwell de que permitiera a los judíos regresar a Inglaterra. Únicamente cuando los judíos estuvieran dispersos por las cinco partes del mundo podría haber una restauración del Sión e incluso la llegada del Milenio. Había muchos protestantes ingleses que comprendían sinceramente estos argumentos. Tradicionalmente, la autorización para establecerse ha estado estrechamente vinculada con esta misión. A pesar de que los estudiosos han discutido si fue éste o fueron unos motivos político-comerciales más a largo plazo los que determinaron la decisión final (o incluso si el gobierno no tomó ninguna decisión formal en absoluto), la existencia de un cementerio y de un lugar de culto durante el protectorado parece justificar esta creencia. En cualquier caso, la fecha tradicionalmente atribuida a la readmisión ha sido la de 1656, a pesar de que en cierto momento la propia congregación pareció atribuir su fundación a Carlos II más que a Oliver Cromwell.²

La ausencia de toda decisión formal de este tipo para readmitir a los judíos hubiera tenido otra importante consecuencia más para los judíos de Gran Bretaña. Si no había una «readmisión» formal no podían establecerse unos términos formales para canalizar las relaciones entre estos judíos y el «Estado». Por lo tanto, los judíos no estaban sujetos a ningunas leyes especiales, sino exactamente a las mismas leyes que cualquier otro grupo y, en consecuencia, nunca habría necesidad alguna de un movimiento que exigiera la emancipación «social» o «económica». Las exigencias de una «emancipación política» formuladas durante la primera mitad del siglo XIX fueron distintas en muchos sentidos de las aparentemente similares articuladas en el resto de Europa. Aquellos que ha-

1. A.M. Hyamson, *The Sephardim of England: a history of the Spanish and Portuguese Community, 1492-1951*, Londres, 1951; V.D. Lipman, «Sephardi and other Jewish immigrants in England in the 18th century», en A. Newman, ed., *Migration and Settlement*, Londres, 1970; L. D. Barnett, ed., *Bevis Marks Records*, I, Oxford, 1940.

2. D.S. Katz, *Philo-Semitism and the Re-admission of the Jews to England, 1603-1655*, Oxford, 1982; E.R. Samuel, «The Re-admission of the Jews to England in the light of English economic policy», *Trans. Jew. Hist. Soc.*, 31 (1990), pp. 153-170; A.S. Diamond, «The Community of the Resettlement, 1656-1680», *Trans. Jew. Hist. Soc.*, 24 (1975), pp. 134-150.

bían nacido en Inglaterra adquirieron todos los derechos y privilegios de cualquier otro súbdito nativo, mientras que la comunidad en su conjunto se hallaba en la misma situación que cualquier otro grupo religioso que no se ajustara a la Iglesia del Estado, la Iglesia de Inglaterra. En una época en que el ser miembro de esta Iglesia era un requisito esencial para numerosas actividades dentro del territorio inglés, los judíos eran excluidos, al igual que los católicos y los disidentes protestantes. Sin embargo, los judíos adquirirían privilegios especiales en cierta área. Mientras que las ceremonias matrimoniales de la mayoría de los demás grupos cristianos (a excepción de los cuáqueros) estaban reguladas por la Iglesia establecida, a los judíos se les permitía regular y llevar a cabo las suyas como les pareciera oportuno. Así, la única ocasión en que los judíos como tales fueron específicamente excluidos de la participación en la vida pública se produjo después de la «emancipación» de estos otros grupos a principios del siglo XIX.

En número, esta primera comunidad tuvo escasa importancia. En 1660, había entre treinta y cinco y cuarenta familias en Londres; a principios de la década de 1680, parece que hubo un total de 414 hombres, mujeres y niños; y en el censo de Londres de 1695, hay 519 nombres sefardíes en lo que parece haber sido una población total de 716 personas. Esta cifra es confirmada por los detalles de las plazas de la nueva sinagoga erigida en Bevis Marks, en 1701, puesto que contenía asientos para 400 hombres y 160 mujeres. Había un flujo constante de recién llegados, comparativamente pocos procedentes de España y Portugal —aunque, como hemos indicado ya, continuaba habiendo numerosos refugiados procedentes de allí—, pero muchos más procedentes de diversas comunidades sefardíes en Italia y el norte de África, así como de las nuevas comunidades de América del Norte y de las Indias occidentales. En 1726, se calculan entre 1.050 y 1.700 sefardíes en Inglaterra, mientras que, en 1795, una estimación del secretario de la congregación sugiere un total de alrededor de 2.000. El mayor número de sefardíes en Londres en toda la historia de la congregación no fue probablemente nunca superior a 4.000. La congregación no olvidaba a los demás judíos. Había algunas señales tempranas de miembros «tudescos» («alemanes», a saber, askenazis) de la congregación, pero nunca hubo demasiados, ni siquiera antes de que se decidiera oficialmente que no serían admitidos en el futuro. La comunidad se estableció en principio en las afueras de la City de Londres, eligiendo vivir allí porque estaba fuera del control de la City que había excluido a los judíos de la totalidad de sus privilegios y, no obstante, lo suficientemente cerca como para permitir vínculos con sus actividades comerciales. Cuando a finales del siglo XVII las autoridades de la City decidieron restringir el número de agentes que podían operar en el mercado de valores, se decidió conceder permisos a cien agentes ingleses, a doce extranjeros «gentiles» y a doce «agentes judíos», muchos de los cuales eran sefardíes.³

3. Diamond, «Community»; H. Pollins, *Economic History of the Jews in England*, Londres, 1982.

El núcleo de la congregación era su sinagoga, y cuando, en 1700 el local primitivo en Creechurch Lane resultó inadecuado, fue en las proximidades, en Bevis Marks, donde se edificó una nueva sinagoga, edificio que sigue hoy en uso, a pesar de una amenaza para su supervivencia en 1886. El edificio se convertiría en un símbolo del conjunto de los judíos ingleses. Fue también un símbolo de la cooperación entre otros aspectos. El constructor cuáquero no aceptó beneficio alguno por su trabajo, al mismo tiempo que circuló en cierta época una leyenda según la cual la devota princesa anglicana Ana, posteriormente la reina Ana, había donado una de las vigas de roble.

Había un interés considerable por esta comunidad entre los gentiles de Londres. La princesa Ana acudió al servicio de Pascua, y los informes financieros de su visita sobreviven todavía. Hay también dos descripciones de visitas a la sinagoga, ambas bien conocidas. Una, de Samuel Pepys (en época del Regocijo de la Ley), es mordaz, pero la otra, de John Greenhalgh, en un Šabbat «ordinario» es más larga y mucho más valiosa. Tales visitas se hicieron tan numerosas y molestas para el decoro de la congregación que una de las primeras enmiendas a su constitución, el Ascarnot, fue una norma que prohibía a todos los *yehidim* (los miembros ordinarios) acoger o incluso traer a invitados no judíos a los servicios de la congregación. La primera edición del Ascarnot fue redactada en 1663, y daba a conocer las reglas de las congregaciones de Amsterdam y Venecia. El mismo describe una pequeña comunidad consciente de los problemas a los que podría enfrentarse en medio de un mundo de gentiles, y la necesidad de proteger al grupo en su conjunto. Al mismo tiempo, la constitución de la comunidad así creada sigue estando básicamente en vigor en nuestros días, y la estructura básica atribuida a la congregación todavía continúa. Los miembros de ésta, los *yehidim*, eran responsables de la elección de cierto número de ancianos, de entre los cuales se elegía el *Mahamad*, el organismo gobernante definitivo. Un control virtualmente absoluto se ponía en manos del *Mahamad*, que debía, sin embargo, prestar solemne juramento de ejercer sus deberes «con verdad, justicia y temor de Dios». Todos los miembros de la congregación tenían que pagar una «imposta», virtualmente un impuesto sobre las ventas, y la congregación recibía también los ingresos de un impuesto sobre la carne vendida bajo los auspicios de la sinagoga. Por otro lado, la congregación tenía que satisfacer las necesidades de los pobres, y fue ciertamente motivo de orgullo durante muchas generaciones que ninguno de los pobres de la comunidad hubiera tenido que buscar ayuda fuera de ésta. La vida religiosa de la comunidad se hallaba bajo la supervisión de su rabino, el *hakam*, pero incluso éste podía hallarse bajo la jurisdicción de los líderes laicos. Las oportunidades de desacuerdo entre miembros de la comunidad y su *hakam* se manifestaron de la forma más enérgica en la carrera del *hakam* David Nieto, acusado de herejía en 1703. Sin embargo, es justo dejar claro que la oposición a Nieto no procedía de los miembros oficiales de la congregación, sino de un grupo

disidente dentro de la misma y que Nieto tuvo siempre el apoyo oficial del *Mahamad*.⁴

Probablemente, la «edad de oro» de la comunidad sefardí en Gran Bretaña en términos de su riqueza e influencia colectivas tanto en las esferas judías como gentiles ha de buscarse en su primer siglo y medio. Miembros de la comunidad tomaron la iniciativa en muchos campos de los negocios y del comercio, manteniendo el tráfico comercial como consecuencia de sus vínculos familiares con los imperios español y portugués, así como con el Mediterráneo y la India. Desempeñaron también un gran papel en el desarrollo de las finanzas gubernamentales y en la recaudación de grandes sumas de dinero para permitir a Gran Bretaña desempeñar un papel destacado en Europa. Las actividades de financieros tales como Samson Gideon y Yosef Salvador, y la medida en que durante gran parte del siglo los gobiernos confiaron en ellos y en sus sucesores están bien documentadas. Del mismo modo, se ha escrito mucho sobre las actividades de ciertos individuos en la vida social, científica y literaria de este período. Virtualmente todas las actividades dentro de la comunidad anfitriona muestran la participación, de hecho una participación muy activa, por parte de miembros de la comunidad sefardí de Gran Bretaña. Algunos de ellos permanecieron dentro de la comunidad y mantuvieron tanto su fe como su carácter de miembros de la sinagoga. Sin embargo, otros muchos no lo hicieron y, aquí, una lista de sus nombres serviría tal vez para indicar la deuda de la sociedad «anfitriona» con la existencia de una comunidad sefardí en Gran Bretaña, pero subrayaría al mismo tiempo la pérdida que supusieron para dicha comunidad.⁵

Sefardíes y askenazis

Aunque algunos de los sefardíes eran ricos, la imagen de una comunidad sefardí muy próspera y rica frente a una comunidad askenazi pobre y luchadora distaría de la realidad. Un informe sobre la «comunidad del reasentamiento» demuestra extremos de riqueza y pobreza y que, mientras que unos 17 o 18 miembros de la congregación eran considerados como poseedores de fortunas considerables, alrededor de un tercio de los ingresos de la congregación eran destinados a caridad para los pobres. Con el fin de lidiar con este problema se realizaron tentativas para reducir el número de pobres que entraban en el país y que buscaban la ayuda de la comunidad. Se dieron instrucciones para garantizarles el viaje de vuelta a sus lugares de origen o para alentarles a emigrar, tal vez a la nueva colonia de deudores de Georgia. La congregación creó

4. Hyamson, *Sephardim*.

5. Pollins, *Economic History*; G. Yosev, *Diamonds and Coral: Anglo-Dutch Jews and Eighteenth-Century Trade*, Leicester, 1978; L. S. Sutherland, «Samson Gideon: eighteenth-century Jewish Financier», en A. Newman, ed., *Politics and Finance in the Eighteenth Century*, Londres, 1984.

también numerosas instituciones benéficas y educativas. La Society for Visiting the Sick and Charitable Deeds fue creada en 1665, aunque resultó efímera y tuvo que ser nuevamente creada o sustituida en varias ocasiones durante los años siguientes; se crearon varias escuelas mixtas, y, en 1747, se fundaron un hospital y un asilo de ancianos, aunque ello dio lugar a una propaganda difamatoria considerable al año siguiente.⁶

El líder de la comunidad, el hombre que tomó la iniciativa en la vida pública, fue Yosef Salvador, conocido en la comunidad como Jessurum Rodrigues. Destacado miembro de la comunidad sefardí, era igualmente bien conocido en los círculos gubernamentales como contratista de préstamos del gobierno. Tal vez no tan significativo en este aspecto como Samson Gideon, ni siquiera tan próspero financieramente, desempeñó un papel más importante dentro de la comunidad, de la cual fue siempre un miembro leal, y adquirió una reputación incluso mayor dentro de la judería inglesa por su asociación con lo que se convertiría en una institución representativa, el Consejo de Representantes. Destacaría también en el intento fracasado para permitir a los judíos que no habían nacido en Gran Bretaña adquirir la nacionalidad británica sin tener que convertirse en cristianos.⁷

Sin embargo, a finales del siglo XVIII, la comunidad sefardí de Gran Bretaña había sido superada en número y riqueza por los más recientemente llegados judíos askenazis. Incluso a mediados de siglo, el número de sinagogas askenazis había rebasado a toda la comunidad sefardí, y muchos de los miembros principales de la judería inglesa eran askenazis en lugar de sefardíes. La historia más destacada de la congregación, la de Albert Hyamson, que pone la mayor parte de su énfasis en el siglo XVIII en lugar de en el XIX, lo reconoce implícitamente, al tiempo que esta relación de disputas y desacuerdos parecería establecer el mismo punto. Tales desacuerdos podían surgir por multitud de causas. Una de ellas estaba relacionada con las finanzas. Como consecuencia de la debilidad financiera de la comunidad, sus líderes realizaron varios intentos para imponer unos impuestos extraordinarios sobre la congregación incrementando el gravamen colectivo habitual, la *Finta*. La medida resultó ser ineficaz y, en consecuencia, volvieron a un método alternativo. Algunos miembros de la congregación fueron elegidos para puestos que se esperaba rechazaran. Dado que el Ascamor había establecido que si algún miembro no aceptaba tal puesto debería pagar a cambio una multa, obviamente se incrementaron los ingresos. Uno de los elegidos fue Isaac D'Israeli, un caballero reservado, de gustos literarios, que no estaba particularmente convencido de verdad religiosa alguna. Declinó el cargo, continuó pagando durante varios años su cuota normal, pero se negó a pagar multa alguna. Finalmente, determinó abandonar definitiva-

6. *Bevis Marks Records*, I: Hyamson, *Sephardim*.

7. Sutherland, «Samson Gideon»; M. Woolf, «Joseph Salvador 1716-1776», *Trans. Jew. Hist. Soc.*, 21 (1968), pp. 104-137; T.M. Endelman, *The Jews of Georgian England*, Filadelfia, 1979.

mente la congregación, después de lo cual un amigo de la familia le convenció para que hiciera bautizar a sus hijos. Así, Benjamin Disraeli abandonó la comunidad anglojudía, llevándose consigo esa falsa adhesión al judaísmo que aparece en el personaje de Sidonio.⁸

Y, sin embargo, fue en este periodo cuando miembros de la congregación de Bevis Marks fueron responsables de los procesos más significativos de la judería inglesa; una de las aportaciones más destacadas fue la de Moses Montefiore. Montefiore era de una familia anglojudía de la tercera generación, aunque da la casualidad de que nació en Livorno, durante una visita de sus padres a esta ciudad en 1784. Su madre era una Mocatta, la más antigua familia sefardí en Gran Bretaña. Relatos posteriores han dado tal vez un brillo indebido a la temprana carrera comercial de Montefiore, que no parece haber tenido gran éxito y, de hecho, se ha sugerido que no prosperó realmente hasta que se casó con la cuñada (askenazi) de Nathan Mayer Rothschild. A los 42 años de edad se retiró de la vida comercial activa y se centró en una carrera anglojudía. Había sido apadrinado para ocupar un cargo en la comunidad sefardí por su tío Moses Mocatta; a los 20 años de edad fue nombrado *Yahid* (miembro absoluto de la congregación; técnicamente ello hubiera debido ser aplazado hasta que hubiera cumplido los 21); fue uno de los «Lavadores» (miembros responsables del entierro de los muertos) en 1808, y finalmente *Parnas* o director de la congregación. Pero donde llegó a ser significativo fue en un campo más amplio. Fue elegido por vez primera miembro del Consejo de Representantes en 1828, pero en 1835 sucedió a su tío, Moses Mocatta, como presidente del mismo y, como tal, se vio implicado en numerosas controversias, algunas de las cuales deben ser atribuidas a sus propias acciones.⁹

Los orígenes del Consejo se suelen fijar en 1761, en los celos mutuos entre las congregaciones sefardíes y askenazis de Londres. Tras la muerte de Jorge II, la comunidad sefardí envió una carta de lealtad al nuevo rey, Jorge III, y los askenazis se ofendieron por ello. Se acordó que, en el futuro, todas las sinagogas concertarían sus acciones y formaron lo que fue denominado en principio el London Committee of Deputies of British Jews. En la práctica, los miembros del grupo raramente se reunían y más raramente todavía concertaban sus acciones. Hasta finales de la década de 1820, con una creciente agitación en favor de la «emancipación política», no desarrollaron ningún elemento de regularidad respecto de sus actividades. Con el advenimiento de sir Moses como presidente, se redactó una constitución regular y se hicieron más frecuentes las reuniones; ello dio lugar a que su elección fuera tal vez considerada como un

8. T.M. Endelman, *Radical Assimilation in English Jewish History, 1656-1945*, Bloomington, 1990.

9. El aniversario del nacimiento y la muerte de sir Moses Montefiore estimuló una abundante literatura. Sonia y V.D. Lipman, *The Century of Moses Montefiore*, Oxford, 1985, es el estudio más completo.

nuevo fundamento del Consejo. Su dominio del Consejo estuvo marcado por el virtual monopolio de esta presidencia hasta 1874, cuando, a la edad de 90 años, declinó ser reelegido. Durante su mandato y con el mismo adquirió una posición preeminente, no sólo dentro del mundo judío en su conjunto. De hecho, adquirió una posición dentro del mundo no judío, hasta ahora inalcanzable para los judíos británicos y, en esa medida, dio un brillo adicional a la judería sefardí en Gran Bretaña. Podría decirse, sin embargo, que su posición en el Consejo se debía no tanto al hecho de que era sefardí como a sus conexiones a través de su matrimonio con las principales familias de la judería inglesa askenazi. En todo caso, durante las disputas de la judería inglesa en torno a las reivindicaciones de una total emancipación política, en las cuales muchos de los principales miembros de la comunidad sefardí desempeñaron un papel muy activo, Montefiore fue reacio a efectuar tales demandas al gobierno de la época, tal vez porque había adquirido ya una posición como virtual representante de la comunidad judía más amplia tanto ante los gobiernos británicos como ante los extranjeros.¹⁰

Igualmente vinculada a la congregación sefardí está la historia del nacimiento, en la década de 1840, de la West London Synagogue of British Jews. La prohibición de realizar servicios según una base regular en ningún lugar aparte de la sinagoga central había sido esencial para las leyes de la comunidad sefardí. La misma surgió de la necesidad básica de mantener la cohesión dentro de la congregación y de preservar las instituciones sociales de la comunidad, así como el reconocimiento de que virtualmente todos vivían muy cerca de Bevis Marks. Pero a medida que los miembros de la comunidad se enriquecieron y muchos desearon vivir en otros lugares, se pretendió la fundación de una sinagoga filial en la parte occidental de Londres bajo los auspicios de la congregación. Esta iniciativa fue desechada y, como consecuencia, varios miembros muy distinguidos de ambas comunidades se separaron para formar su propia congregación con sus propias formas nuevas de oración y culto. A pesar de la presencia de muchas de sus íntimas amistades dentro de este grupo aparte, sir Moses Montefiore demostró ser un obstinado oponente a cualquier iniciativa para la reconciliación, negándose a reconocer la existencia de este nuevo grupo y a tener ninguna consideración con sus miembros.

En la comunidad de mediados del siglo XIX, los sefardíes desempeñaron un papel mucho menos significativo. Los askenazis de Londres aumentaron en número e influencia, y la creación por su parte de una estructura de sinagogas unificada supuso la disminución de la importancia de la sinagoga de Bevis Marks. Técnicamente, las viejas alianzas se mantuvieron en cuestiones tales como la provisión de carne *košer* o de pan ácimo para la Pascua, pero no había duda alguna sobre dónde residía cada vez más la verdadera autoridad.

Las causas de este decaimiento pueden atribuirse a muchos factores. Indu-

10. A. Newman, *The Board of Deputies, 1760-1985; a brief survey*, Londres, 1986.

dablemente, uno de los más importantes fue la ausencia durante muchos años de una cabeza espiritual de la congregación. Tras la muerte del hakam Raphael Meldola en 1828, no se halló ningún sucesor hasta el nombramiento del doctor Artom en 1886 y, cuando éste murió en 1879, la congregación tuvo nuevas dificultades para encontrar un hakam. En 1843, se sugirió que el nuevo gran rabino askenazi que estaba a punto de ser nombrado debía incluir entre sus responsabilidades la congregación de Bevis Marks, pero la propuesta fue rechazada por los ancianos. Esta sugerencia fue nuevamente presentada tras la muerte del hakam Artom, pero se evitó con la elección del doctor Moses Gaster como hakam. Había quienes señalaban como respuesta a esto que los sefardíes habían tenido que elegir a un askenazi nacido en Rumanía para ocupar el puesto. La ausencia de un hakam hubiera sido menos grave si hubiera existido un grupo activo de tres *Dayanim* (jueces) aptos para pronunciar veredictos sobre cuestiones religiosas. Desafortunadamente, no siempre fue posible asegurar la continuidad entre ellos.

Otra causa de la decadencia fue la pérdida por parte de la comunidad de muchas de sus principales familias, ya fuera por la secesión que había dado lugar a la formación de la West London Congregation, ya por la anglicización y conversión al cristianismo. Uno de los que se marcharon ha sido mencionado ya, Isaac D'Israeli. Otro fue el economista David Ricardo, quien se marchó no por convicción religiosa —ni siquiera por falta de convicción—, sino por el deseo de casarse con la hija de un vecino cuáquero. Estos no son más que dos nombres de los muchos que abandonaron Bevis Marks durante este periodo y cuyas carreras enriquecieron la vida de Gran Bretaña en general, a pesar de que no desempeñaron ningún papel subsiguiente en la historia de la comunidad sefardí.¹¹

Cuando la tranquilidad y la estructura de la comunidad anglojudía de mediados del siglo XIX fueron rudamente interrumpidas por la «gran inmigración» procedente del este de Europa durante el último cuarto de siglo, el desequilibrio de número y poder fue todavía mayor. Una comunidad en la que los sefardíes habían ascendido tal vez a tres mil de un total de sesenta mil se transformó en otra que apenas había aumentado, pero cuyo total se había multiplicado por seis o más. Mientras que los askenazis se habían visto reforzados por la gran afluencia de la Europa del este, los sefardíes que acudían del norte de África o de los Países Bajos eran escasos en número, y representaban casi siempre una sangría para la comunidad, que tenía que pagar muy a menudo grandes subvenciones para hacer posible que los solicitantes continuaran sus viajes a ultramar. La estructura geográfica de la judería inglesa también se había visto modificada por esta inmigración, de manera que a pesar de que la comunidad sefardí tenía ahora unas pequeñas comunidades filiales en Manchester, así como en otros lugares de Londres, el hakam de Bevis Marks se indispuso con un gran

11. Endelman, *Radical Assimilation*.

rabino askenazi que exigía la lealtad de las congregaciones no sólo en todo el Reino Unido sino también en todo el imperio. Dentro de Londres, pueden hallarse diferencias muy marcadas tanto a partir de los detalles de los oficios como de los lugares de residencia, y parece que los sefardíes desarrollaron la misma variedad de oficios que las otras comunidades judías, incluso hasta el punto de una división geográfica entre aquellos que segufan viviendo en el East End y aquellos que se habían trasladado a las zonas más ricas de Londres.

Lo que aparece también en este momento es una creciente incertidumbre entre los líderes de la comunidad en relación con su propio futuro. Una queja a los ancianos efectuada por uno de sus miembros trataba, no meramente de una disminución relativa en el número, sino de una clara división entre los líderes y la masa de los miembros ordinarios: «Estamos completamente desprovistos de esa numerosa, enérgica y pudiente clase media que constituye la piedra angular de otras congregaciones». Otra indicación más de esto último es tal vez la sugerencia realizada en aquella época por los líderes de la comunidad de que el local de Bevis Marks debía ser vendido y de que debían construirse nuevos edificios en otro lugar. El nombramiento del doctor Gaster dio ciertamente un nuevo impulso a la congregación, al igual que la inauguración de la nueva sinagoga en Lauderdale Road.¹²

La judería inglesa hoy

Fue el siglo xx el que vio un notable resurgimiento dentro de la comunidad y un restablecimiento de su lugar dentro de la judería inglesa. Su número se mantuvo en cierto modo por un pequeño pero significativo movimiento por parte de los askenazis (demostrando estos reclutas ser de gran valor en muchos aspectos de su vida, no sólo en el estudio de su historia) y en mayor medida por la llegada a Gran Bretaña de judíos sefardíes de diversos lugares de Oriente Medio, así como de judíos que llegaron bajo la creciente persecución de gobiernos árabes de reciente creación. Estrictamente hablando, no se trataba de judíos sefardíes, sino más bien de representantes de ese grupo de judíos que habían estado viviendo en varios lugares del Mediterráneo oriental antes de la llegada de la diáspora sefardí tras la expulsión de España. Su cultura había sido reemplazada por las costumbres y modo de vida sefardíes. Cuando llegaron a Inglaterra tendieron bastante naturalmente a la congregación de Bevis Marks. Ello sucedió también con los judíos de Irak e Irán, que, a pesar de que nunca habían estado bajo influencia sefardí directa, hallaron un hogar más comprensivo en la comunidad sefardí que entre la de los askenazis. La influencia de la comunidad sefardí fue mantenida además por la importante contribución de sus líderes eclesiásticos a causas como el sionismo. El hakam Gaster podría ha-

12. G.H. Whitehall, ed., *Bevis Marks Records*, III, Londres, 1973.

ber mostrado toda la agresividad de los líderes eclesiásticos anglojudíos contemporáneos, pero él (y su congregación) no podrían ciertamente haber sido jamás ignorados por el grupo mayor. Y, por su parte, los líderes de la judería inglesa askenazi «estándar» tuvieron el sentido común de intentar llevar consigo a la comunidad sefardí dentro de las instituciones de la comunidad más amplia.

Aunque a finales del siglo xx la comunidad sefardí ha decaído hasta un punto considerable respecto de su destacada situación original, puede todavía volver la vista con orgullo a las tradiciones que ha creado. Desde el principio, la comunidad había mantenido una actitud de «cuidar de sí misma», de garantizar que aquellos de sus miembros que se hallaban necesitados no tenían que recurrir al Estado en busca de ayuda. Había sido responsable de la creación de organismos tales como el Board of Deputies of British Jews, que actuaba como representante formal de la comunidad. Sobre todo, jamás había desoído las necesidades de las demás comunidades judías, ya se hallaran en Tierra Santa o en los territorios de la dispersión, fueran sefardíes o askenazis. Sus miembros desempeñaron un papel destacado tanto en la vida de las comunidades judías como en la de las no judías, de modo que han pagado por completo la confianza implícitamente depositada en ellos durante el reasentamiento.

En una época en que la propia judería inglesa está indecisa por lo que respecta a su camino futuro sería imposible intentar determinar el porvenir de los sefardíes en Gran Bretaña. Éstos se ahorraron muchas de las controversias intelectuales e ideológicas que atemorizaron a lo largo de este siglo a otras comunidades en Gran Bretaña, aunque algunas veces estas mismas controversias pueden haber servido tanto para estimular la discusión como la vida. Representan tal vez, ahora como siempre, un oasis de pensamiento y calma religiosa. La comunidad ha sobrevivido virtualmente intacta, y no hay razón para que no deba continuar así. Nunca ha dependido puramente del número, sino de sus tradiciones, de una viva continuidad con su pasado. El recuerdo de esta continuidad, sobre todo con las comunidades brutalmente agredidas en 1492, tan evidente en las circunstancias del nacimiento de una congregación sefardí en Londres un siglo y medio después, llevará sin duda adelante a la comunidad y proseguirá su aportación a la vida de la diáspora sefardí.